

## LIBROS

**SHOUKI KASSIS (2011).** *Haifa Laisat Qurtuba: riwaya tasyiliyya* [Haifa no es Córdoba: novela documental]. El Cairo: Al-Tanwir, 464 págs.

Hay muchas formas de protagonizar un libro. En el caso de la muy atípica novela notarial del palestino Shouki Kassis, las connotaciones cordobesas expresan por ausencia un protagonismo elevado a la categoría de paradigma y símbolo. En cierta medida, ese protagonismo cordobés del libro recuerda al final suspirante de *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino. El modo en que un ilustre viajero —a la sazón, Marco Polo— le había estado describiendo al señor de la China todas aquellas ciudades imposibles en las que el veneciano había estado —con las que había soñado—, y al final su interlocutor le pide que le hable de Venecia, su Venecia, momento en que el viajero amasa el silencio elocuente que cierra el libro. Porque Venecia se desvanece al contarla, igual que la Córdoba de Shouki Kassis.

Así, el libro que nos ocupa —*Haifa no es Córdoba*— desmenuza el recuerdo ya tiempo atrás desencajado de una ciudad, la palestina Haifa, forzada a ser israelí desde 1948, y tal recuerdo se desgrana para no tener que hablar de Córdoba. Las piezas avanzan en un frenético *travelling* cinematográfico por entre tiempo, espacio, memoria e historia. Y el fondo de pantalla, la densidad infinita sobre la que se proyecta esa larga narración —464 intensas páginas—, es la idea que un árabe de hoy tiene de la Córdoba de siempre. Ese árabe de hoy fue expulsado de su tierra, su inocencia, y no encuentra otro marco poético para medirse que la Córdoba andalusí.

Parafraseando a la contra al tangerino Ramón Buenaventura, Shouki Kassis nació en un país que ya no existe, en una ciudad —la Haifa israelí— que entonces no existía, y vive en un país —Estados Unidos— del que no oiría hablar hasta mucho después. Lejos de dispersarse en tan difusas coordenadas, Shouki Kassis crea un lazo referencial con esos respuntes sueltos del pasado para construirse una identidad no exenta —nos tememos— de embarazosa nostalgia. La ciudad que lo vio nacer, esa Haifa palestina ya seguramente sentenciada de 1947, también lo vería partir con un año cuando esa geografía pasó a formar parte del aún elástico Estado de Israel como estación central de un imparable proceso de sustitución identitaria. A esa temprana y aún inconsciente edad, Kassis se refugió en la ciudad de Rama, donde creció. También en Rama se encontró y vivió en parecida situación de exilio el inconformista poeta palestino-druso Samih al-Qasim, paladín del verso árabe como arma arrojadiza, piedra molesta colocada en un engranaje de apisonadora cultural hasta la fecha imparable; o quizá no tanto, como veremos.

Hoy, desde su ya asentado exilio norteamericano, la especialidad de Shouki Kassis —el doctor Kassis— es la investigación biomédica. Pero no en exclusiva: con una memoria prodigiosa aplicada a su segunda dedicación entre vocacional y profesional —la enseñanza de la lengua y la literatura árabes—, el doctor Kassis alardea ante quien quiera escucharlo —y comprobarlo— de saberse de memoria alrededor de un 80% de la poesía árabe clásica, además de textos

enteros extraídos de la obra de Shelley, Keats o Byron. Es muy probable que, sin pretenderlo, el doctor Kassis sea un renovador de la literatura árabe del Mahyar —aquel exilio atlántico de principios del siglo XX— y que con su prosa árabe no esté sólo ajustando cuentas con el pasado, sino proveyendo de moderno combustible a una lengua que parece salir de un letargo, del «malditismo» de un mundo cultural asimilado injusta y asimétricamente a los desórdenes del mundo, como bien dejó escrito —¡en francés!— el malogrado libanés Samir Kassir con su obra *La enfermedad de ser árabe*.

Hay dos protagonistas en este libro. Por un lado, el «robo armado de Palestina», como su autor refiere en el primer capítulo, titulado «Fogonazos». El exilio del autor fue forzado por un éxodo suplantador de geografías incompatibles, y el viejo mito del nomadeo árabe recargó el sentido vital del joven Kassis, engañando su mareante desplazamiento con la poética del movimiento permanente, según expresó el príncipe de la poesía árabe clásica, al-Mutanabbi: «el lugar que más quiero en el mundo es el lomo de mi caballo». Por otro lado, el segundo protagonista es la aludida Córdoba, pero en dos visiones diferentes: la tolerancia tópicca de su paradigma andalusí, y el fracaso —sentido por el autor como histórico— de la pérdida de aquella arabidad cordobesa de los siglos dorados.

Efectivamente, pese a que el libro se centra prácticamente en exclusividad en la conversión de la Haifa palestina, entre sus páginas rezuma una permanente comparación «odiosa»: la realidad de bloqueo localista de la Haifa árabe frente a la condensada simbología universal de Córdoba. El autor contrasta lo que califica de «apartheid israelí» —exclusivismo— con la imagen de inclusivismo de Córdoba, para ilustrar el contraste mayor entre una sociedad cerrada y la que fue calificada como aperturista *joya del mundo*, la ciudad de los omeyas y el Guadalquivir. En esa Córdoba —*nuestra* Córdoba andalusí, remacha el autor, a beneficio de inventario— reside el baremo comparativo del que se sirve Shouki Kassis para escribir su particular capítulo en la *Historia universal de la infamia*, que diría Borges.

Pero decíamos que aparece otra Córdoba entre las páginas traginostálgicas del doctor Kassis: el exiliado siempre pierde el sentido de la realidad de cuanto queda atrás, porque la esencia de la historia es el movimiento y la tierra dejada atrás incumple la norma de movilidad al enquistarse en la memoria. Kassis vuelve a una Haifa que ya no reconoce, a la que entiende a duras penas porque la nueva lengua imperante es el hebreo. Esa Haifa se le antoja alienante: «ya no habla mi idioma» dice, «como tampoco aquella Córdoba desarabizada a la fuerza». Sin embargo, el matiz esencial de esa *segunda Córdoba* no es tal sorpresa del exiliado retornado para su espanto, sino la refutación que aparece en el libro bajo la forma de una joven con la que Shouki Kassis conversa en una cafetería de Haifa; su sobrina, que acaba convenciéndole para que reconozca su error de interpretación. Ella le cuenta que los hechos se le ocultan por el alejamiento. Que en Haifa cada vez hay más árabes; que *Haifa no es Córdoba* porque «Israel no es al-Andalus» —exclusivismo frente a inclusivismo, habíamos visto— pero también en otro sentido diferente: Córdoba *se perdió*, pero no Haifa, ya que —asegura la joven— cada vez se oye más árabe en sus calles.

Así, la lengua árabe, latente y callada durante decenios pero renacida e indómita ya en Haifa, marca el segundo sentido del contraste con Córdoba. «Compruebo ahora que no olvidaron la lengua árabe», ni al contemplar los «cascos británicos» en una primera ocupación, ni al contemplar «otros cascos distintos pero similares», tiempo después. Aquí, *Haifa no es Córdoba* se presenta definitivamente como la novela semiautobiográfica en que la ciudad representa una determinada esencia de Palestina resurgente: «los árabes invadimos Andalucía y al final perdimos Córdoba: pero como nunca invadimos Haifa, porque desde siempre estábamos aquí, no la perderemos», sentencia el autor, quizá —con todo— consciente de que un deseo es una forma ajustada de esperanza onírica.

Shouki Kassis presentó y comentó pausadamente su libro *Haifa no es Córdoba* en el Centro al-Hewar ('diálogo') asociado a la Universidad de Washington (Estados Unidos). Sin citarlo explícitamente, el autor gestiona bien el estereotipo de convivencia y tolerancia tan bien empaquetado por el iraní-canadiense Ramin Jahanbegloo y su célebre «paradigma Córdoba». El cromatismo de esta Córdoba, síntesis y metonimia de al-Andalus, hace juego con la presencia de lo andalusí en la literatura árabe contemporánea; el sentido que esa Europa arabiizada tiene para la *calle árabe*, como bien ha trabajado en profundidad el profesor Martínez Montávez.

No se trata únicamente de un brindis, una suerte de versión occidental del célebre «¡El año que viene en Jerusalén!», acuñado en la memoria del judaísmo medieval errante, precursor en su probable equivalencia de este similar *palestinismo errante*. Más allá, Palestina se asocia a al-Andalus ya mucho antes en la literatura árabe, desde el célebre manifiesto de Muhammad Jamil Bayyuhum (1887-1978), titulado inequívocamente *Palestina: al-Andalus de Oriente* (Beirut, 1946), hasta las exageraciones de Mohamed Abd Elghany en su *Al-Andalus y la cuestión palestina* de 2012, en la que desarrolla una difícil tesis a medio camino entre el esencialismo y el historicismo: que se ocupó Palestina en el siglo XX en venganza largamente regurgitada por la ocupación islámica de la Península Ibérica en 711. No es, con todo y en modo alguno, la postura de Shouki Kassis, que deliberadamente elude cualquier referencia a lo islámico esencialista, probablemente por su propia condición de cristiano.

En el mismo sentido fue presentado un trabajo mucho menos tendencioso y más ajustado a lo racional en las páginas del periódico *al-Quds* (2 de enero de 2013): que Israel es otra vez aquella España de los Reyes Católicos —*mutatis mutandis*— forjada y acuñada ahora sobre Palestina, que por lo mismo es otro al-Andalus en la tradicional corriente de memoricidio por parte de los dominadores. La última referencia poética en ese citado trabajo es un magnífico *canto de cisne* por enésima vez nostálgico al incluir el siguiente refrán árabe: «Se levantaron las plumas que estaban escribiendo, dejando así que las páginas se secan», en el sentido de que se terminó de escribir; que el pasado ya pesa, que no habrá vuelta atrás.

Si la hay para el autor de *Haifa no es Córdoba*. Como dice en su epílogo, «el tiempo, al final, se dio la vuelta». Cuanto parecía irremediable en 1948 —judaización, hebraización— finalmente no parece ser el destino final de la ciudad. Shouki Kassis alude una y otra vez a los porcentajes, aferrándose a que los judíos habitantes

en Israel siguen siendo el 46% de la población y abogando por la célebre *solución malthusiana*; el fantasma de la revolución demográfica como lluvia de vida salvífica, habida cuenta del contraste entre los respectivos crecimientos de población en las diferentes comunidades hebreas y árabes en Israel. Porque, al final, el doctor Kassis le da la razón a su sobrina, y *Haifa no es Córdoba*, porque las voces de los árabes la han salvado.

**Emilio González Ferrín, Universidad de Sevilla.**